

OTRO TIEMPO PARA BERNARDA Y ADELA

DE

MARGARITA REIZ

(Una mujer mayor sola. Camina de un lado a otro como un animal enjaulado. Parece fatigada y se mueve con dificultad aunque con mucha energía. De vez en cuando se para y permanece en silencio. No se sienta en ningún momento, lo intenta pero no lo consigue).

BERNARDA.- Se me repiten las cosas en la cabeza, como en sueños. Se me repiten machaconamente como una letanía. Mala cosa, muy mala. Esta memoria mía que me atosiga, y es que en realidad no quiero olvidar aunque eso me mate. Sólo así puedo seguir. Y tengo que seguir, tengo que seguir hacia delante, mirando al frente. Pensando sin pensar, sabiendo...

¡Ay, esta maldita memoria que llama a mi puerta y se queda apostada en el zaguán como una loba! Sin respetar que yo tengo que vivir hacia delante si no quiero que se me encoja la carne y se me cambie de sitio. Está donde tiene que estar, sí, lo malo es que hay pasillos de esa memoria por los que pasamos con la cara vuelta y es mejor así..., yo paso con los zapatos en la mano para que no se me despierten los recuerdos y empiecen a hacer preguntas. No quiero olvidar que perdí una hija, no... ¡No quiero olvidarlo nunca!, pero no puedo mirar... Y no estoy loca como mi madre... Por eso puedo hablar, por eso y porque tengo que hablar. Hablo porque exigí silencio. ¿Quién ha dicho que no se puede hablar con los muertos? Hablo y cumplo mi destino tal y como está escrito. Mil veces que viviera mil veces

que volvería a hacerlo. ¡Párate ahí y no te muevas! ¡Párate te digo! No te veo, no puedo verte porque no estoy loca como mi madre.

(Silencio)

No lo busqué me encontré, ¿no lo entiendes? No podía ser de otra manera. Las mujeres no buscamos, encontramos aquello que nos toca encontrar... Incluso tú... Aunque tú..., pero también encontraste... La muerte no busca pero siempre encuentra.

(Pausa)

¿Por qué estoy hoy tan confundida?

Sé que no me lo puedo permitir

Tampoco es tan difícil verse por dentro

Lo malo es que estoy sola, luchando sola, y a oscuras.

Por eso, porque lo peor no es morir.

(Pausa)

Las cosas tienen que estar en su sitio y sé cual es y nada ni nadie me lo tiene que decir y eso no va a cambiar nunca. Son los sueños. Es sólo que cuando sueño ando como perdida por una casa abandonada, voy sola con mi dolor dentro y de repente se abre una puerta y de ella sale mi abuela. Mi abuela que es la única persona en este mundo que me ha querido, aunque mi madre decía que estaba loca pero no es verdad. En cuanto veo a mi abuela la quiero abrazar y está igual, igual de vieja que cuando murió pero muy alta. Ahora es muy alta y yo soy muy pequeña, y

está derecha, muy tiesa, como una estatua... Va vestida de negro, como siempre, pero en lugar de la bata aquella que llevaba tiene una túnica cruzada y atada y me mira con tanto cariño que me hace llorar. Tengo que llorar aunque no quiera..., intento acercarme a ella pero no puedo porque ella anda hacia atrás y cada vez está más lejos de mí y lloro hasta vaciarme por completo, hasta llenar la casa de lágrimas y entonces me despierto y ya no puedo llorar porque me he quedado seca. Todas las mujeres escondemos una niña que anda perdida con el corazón roto dentro del alma y no puede ser de otra manera, pero es mala cosa estar diciendo estas cosas...

Es mala cosa, muy mala, porque Bernarda Alba tiene que vivir hacia delante, dejar que callen, callar. Sin debilidades. Alerta. No vayan a decir también que estoy loca ¡Y yo no estoy loca como mi madre!

(Entra Adela, joven y radiante. Tapada con un mantón verde)

ADELA.- ¡Si que lo está! Está loca como su madre y como su abuela, como la madre de su abuela y como todas, porque vivir así, como han vivido, no es vivir. Pero no he venido a reñir, madre, sino a salvarla... Mire *(retira el mantón y se descubre)*, mire esta hermosa barriga de ocho meses, dentro de ella está la vida que falta en esta casa.

BERNARDA.- ¡Quieta ahí, alma del diablo, no te acerques a mí! ¡Atrás, he dicho!

ADELA.- Madre, no soy un fantasma, soy yo, Adela. La pequeña Adela no ha muerto. Estoy aquí, vivita y coleando, con un bonito embarazo y a punto de parir un hijo. ¿Qué le parece? ¿No se alegra? Se ha puesto usted morada de alegría.

Sí, madre, voy a tener un hijo de Pepe el Romano. ¡Y va a ser niño! Un buen macho como su padre, para que sea libre y yo no tenga que volverme loca por educarle bien y para que usted lo quiera y le deje ser feliz y no le amargue la vida, como ha hecho con sus hijas, por ser niñas...

¿No dice nada? Ahora su cara se torna verde a juego con mi mantón. Este mantón que me esconde y tapa mi vergüenza, la vergüenza más feliz de la tierra, la más ancha. La anchura de mi cintura y mi vientre cercada por sus brazos de hombre fuerte, la de mi pelo que no para de crecer entre sus dedos. La anchura de mi boca convertida en un interminable túnel ahondado por su lengua. ¡Madre, por Dios, sosiéguese, está usted más blanca que el papel! Pálida y temblorosa como yo cuando él me toma...

Bien, me callo, no he venido a reñir sino a decirle que voy a ser madre y usted abuela, que la muerte no visitó nuestra casa ni la visita ahora, que del amor nace cada día más vida y lo demás no me importa, que la Poncia me ayudó a engañarla y ahora se viene conmigo, lo entiende, ¿verdad?

No tuerza la boca que es un gesto muy feo y le queda muy mal...

Así mejor, me voy tranquila al verla relajada y comprensiva. ¿Un poco amarilla, tal vez? Llamaré a mis hermanas antes de irme para que la socorran...

¡Ah! Una cosa más, la última, a Angustias ni una palabra. Ella en su casa y yo en la mía. Que presumía de marido, que yo tengo al hombre y el dinero de ella. Pepe está ahí, en la puerta, esperando para llevarme a caballo. Que tonta soy, no me atreví a venir sola... No pensé encontrarla tan comprensiva, madre, ni tan guapa. Esta usted muy guapa ahora que ya descansa feliz con la verdad a la espalda. Tiene razón: no podía ser de otra manera.

Adiós, volveré con mi hijo en los brazos.

¡Martirio, Magdalena, Amelia, venid, vuestra madre os necesita!

(Sale)

(Oscuro y fin)